

Por los primeros días de junio del año 325 íbanse reuniendo ya los sacerdotes convocados á la ciudad de Nicea. Llamaban la atención entre ellos Potamon, cuyo cuerpo brillaba todavía con las señales del martirio; Espiridion, que de pastor se elevara á la dignidad de Obispo; Eustates, gran comentador de Homero y gran perito en las letras clásicas; y el célebre Osio, de Córdoba, obispo de aquella colonia patricia que diera tantos nombres ilustres y tantas glorias inmortales así á Roma como á España. El día 25 de junio reuníase esta grande Asamblea en el Palacio mismo destinado al Emperador Constantino. Cuando se hallaban ya congregados los padres, entró el Emperador, con ademan modesto y sonrisa benévola, como indicando su humildad, llevada al punto de no consentir en sentarse hasta que todos se hubieran sentado, ni en pronunciar el discurso de rúbrica hasta que el obispo de Antioquía hubiera pronunciado la oración indispensable para impetrar la divina gracia. Osio declaró abierta la Asamblea, y en el momento mismo de esta declaración, brotaron millares de contradicciones en el seno de la Iglesia, millares de disputas entre los Obispos, los cuales se reconvenían entre sí con grande acritud por supuestos ó verdaderos agravios, que solo se calmaron, gracias á la intervención directa y eficaz de Constantino. Arrio se presentó delante de la Asamblea para deponer el delito de que le acusaban y decir los fundamentos de su doctrina. Imaginaos las cóleras que suscitaria en aquel instante la repetición de proposiciones condenadas de antiguo por toda la Iglesia. Y sin embargo, hubo obispo que se atrevió á proponer declaraciones semejantes á las arrianas y consistentes en proclamar la subordinación del Padre al Hijo, aunque este tuviera reconocidos todos los atributos divinos. Alguna vez creyóse fácil por muchos la victoria de esta doctrina, de tal suerte que los Obispos ortodoxos se dirigieron á Constantino con empeño y Constantino á los Padres de la Iglesia con resolución, para conjurar declaraciones que pudieran comprometer gravemente la antigua dogmática de la Iglesia. El Concilio se detenía ante consideraciones de géneros diversos; y el centro, como sucede por regla general en casi todas las Asambleas, oscilaba con grandes oscilaciones entre la izquierda y la derecha, sin resolverse por ninguna solución ni decidirse en ningún sentido. Entonces apareció un joven archidiacono, docto en teología, hábil en dialéctica, apasio-

nado por las ideas griegas en lo relativo al concepto del Verbo, conocedor de las pasiones eclesiásticas y de los medios conducentes así á moverlas como á dominarlas, el cual propuso una de esas palabras que resuelven los mayores problemas y que encierran los más profundos sistemas, la palabra consustancial, cuyo sentido encerraba la relación verdaderamente sostenida en todo tiempo por la Iglesia entre el Padre y el Hijo. Por fin se decidió adoptar la redacción de Atanasio enérgicamente sostenida por Osio. Diez y siete sacerdotes votaron contra Atanasio; y al llegar á la hora de la firma solo cuatro ó cinco se resistieron á firmar, entre los cuales se encontraba Arrio mismo en persona. Lo cierto es que, en la última tarde del antiguo mundo y en la primera alborada del nuevo; cuando Dios iba á cerrar por grandes catástrofes el libro apocalíptico de la historia antigua; entre las ruinas de los templos paganos que se desplomaban bajo el diluvio de las nuevas ideas y los cadáveres de los dioses que caían yertos por la falta de fe, verdadero calor de su vida; al estrépito de las piedras del Capitolio que rodaban y al aullido de los bárbaros que venían con la tea del incendio en una mano y el hierro del estermínio en la otra; los fieles, llegados de los cuatro puntos del horizonte á Nicea con las señales del martirio todavía en sus carnes y la palabra divina en sus labios, redactan aquel símbolo de la fe, que ha de sustituir á toda la antigua civilización, que ha de adoctrinar á las generaciones civilizadas, que ha de consolar tantos dolores é infundir tantas esperanzas; y que desde las orillas del Volga hasta los desiertos de la Patagonia sube aún del seno de todas las Iglesias, como en espirales de incienso, al cielo, de donde emanan y llueven todas las grandes ideas sobre la conciencia y sobre la tierra.

En Nicea puede decirse que concluye la formación dogmática del Cristianismo. Todo cuanto después de esta crisis sobrevenga será secundario en comparación de los problemas gravísimos que han agitado la conciencia cristiana hasta la hora suprema del Concilio. Así poco á poco se irá formando la ortodoxia católica y se irá constituyendo la nueva fe. La victoria pertenecerá á los que tengan más espíritu de conciliación en sus miras; más templanza en su proceder; más sentido práctico; más universalidad de pensamiento unida á ese genio de organización que hace tangibles y realizables las abstrusas ideas. ¿Quién tendrá estas cualidades? No ciertamente la ciudad de Je-

rusalen, demasiado petrificada en su liturgia religiosa; no ciertamente la ciudad de Alejandría, demasiado engreída con sus sistemas filosóficos; no ciertamente aquella Atenas, demasiado hermosa pero también demasiado pagana y que solo sabía prestarse culto á sí misma; sino la ciudad nacida para la política y para la organización, la ciudad que completara la unidad de Dios con la unidad del hombre, la ciudad de Roma, verdadera fundadora del catolicismo.

Nada tan común como creer la idea cristiana desde el origen al fin de la historia idéntica y una, cerniéndose allá en el cielo de la pura conciencia, sin alteraciones de ninguna clase. Tal sentir olvida con facilidad que las ideas, sin dejar de ser puras y espirituales en sí, reciben modificaciones é influjos varios tanto de la complejidad de los individuos que las conciben ó las predicán como de la naturaleza del suelo donde fundan sus sectas, sus escuelas, sus iglesias, todas esas cristalizaciones de las ideas. El Cristianismo tiene una metafísica esencial á estas grandes instituciones históricas como esencial también el alma á nuestro cuerpo. Pero la metafísica no empece á las variaciones pedidas por la ley de variedad, cuyos cánones así rigen el Universo material como la humana ciencia. Bossuet, que escribió la historia de las Variaciones del Protestantismo para probar la inania de esa religión, admitía también variaciones para el Catolicismo, si no en el dogma, en el modo y manera de concebirlo y de explicarlo. El desarrollo mismo de la Iglesia resultaría imposible si la Iglesia, quedando una en sí misma, no creciera y aumentara con este crecimiento en fuerzas y en vigor. Las ideas, conservando su esencia pura, se modifican así al pasar por ciertos individuos superiores como al pasar por ciertos días del tiempo y por ciertos puntos del espacio y por ciertos pueblos de la historia, por todo cuanto podríamos llamar modos y maneras de ser en las esencias. El Cristianismo es uno, pero toma cierto carácter reaccionario en Santiago que quiere hacerlo retroceder á su fuente, la Sinagoga; cierto carácter templado y de conciliación en Pedro, que funda así la política y la autoridad de la Iglesia; cierto carácter austero, batallador, enérgico en Pablo, que vence las repugnancias judías y llama todos los pueblos á recibir la universalidad de la divina gracia; y cierto carácter dulce, amoroso, tierno en San Juan, cuyo Evangelio parece una epopeya donde entonan, como un

coro armoniosísimo, todas las ideas helénicas un cántico inmortal. Pues si sucede esto con los individuos, los cuales dan algo de su carácter, si no á las ideas en sí, á la expresión de las ideas, sucede con mayor motivo en los pueblos. Aquella seca Palestina de inmensos desiertos, por los cuales corren pedregosos torrentes; cortada de algunos oasis, en cuyo frescor crece la dulce higuera y arraigan sus raíces las palmas; teniendo por todo ornato los cienos olivares y los retorcidos cactus del aloe y del nopal; convida á la austeridad y á la concentración religiosas; propio carácter del tenacísimo judío, poco fértil en ideas, pero muy apegado á las que una vez ha concebido en su conciencia y practicado y realizado en su vida. Palestina, pues, abrigará á los judeo-cristianos, á los primeros conservadores que brotan del seno fecundísimo de aquella revolución religiosa. Siria, al revés, más risueña, más fecunda, más hermosa, con cordilleras que embalsaman los aires por el olor de sus cedros y con mares que convidan á la libertad de la navegación y á la alegría de la vida, concebirá un cristianismo asiático y lo revestirá con todos los dibujos y todos los esmaltes y todos los alicatados de la riquísima y varia escuela gnóstica. Alejandría, ideada por Alejandro para congregar todas las razas entre calles de sepulcros, sobre la tierra de los misterios y de la muerte, con el Nilo milagroso al pie, con el mar Mediterráneo al frente, con los desiertos inmensos á la espalda, deletreando las estrellas en el cielo y los pensamientos en el espíritu, debía dar de sí, como una indeclinable consecuencia de todo su ministerio, el Verbo alejandrino, es decir, la metafísica del Cristianismo. Así como esta tierra del bajo Egipto, intersección de los continentes, término medio del gran silogismo que forman el Asia, el Africa y la Europa, propende á las ideas eclécticas, y por consecuencia, á cierto sincretismo hasta en la teológica cristiana; el alto Egipto inspira la meditación concentrada y funda con sus colegios de ascetas y de penitentes la vida monástica que tanta y tan soberana influencia debe tener en la fundación y desenvolvimiento de las nuevas salvadoras doctrinas. Si al Asia menor confluyen todas las caravanas del Asia interior; si abordan á sus puertos las naves de Oriente y Occidente; si convergen las peregrinaciones de razas á sus ciudades y á sus oasis; si pululan por aquellos espacios muchedumbres innumerables enamoradas de ideales varios, también pulularán las sectas y las herejías, á cuyas

necesarias contradicciones las ideas se purifican, las doctrinas se definen y las voluntades se templan. La Persia, mas deista, con su religion fundada en el dualismo; la Persia, cuyos cielos se asemejan á campos de batalla donde combaten las ideas como los guerreros en la tierra; enseñará á Manes su doctrina de la contradiccion, como Grecia dará de sí Iglesias resplandecientes cual los bruñidos mármoles de Páros; anfictionados religiosos como aquellos que fundaron los juegos olímpicos y reunieron en coro las ciudades helénicas; legiones de oradores, cuyos labios depositan como la abeja ática en la conciencia humana la miel dulcísima del Hible; apologistas elocuentísimos que elevan las ideas de la antigua ciencia filosófica á los altares del Dios crucificado. La Iglesia griega será mas metafísica que práctica; mas fácil á la herejía que ninguna otra Iglesia; mas abierta así á los vientos del cielo como al soplo de las ideas; mientras la Iglesia de Africa, abrasada como aquel suelo, uniforme como aquellos horizontes de un azul perpetuo, escasa en pensamientos como escaso en vegetales su arenisco suelo, hinchada y aguda como los retóricos que aborta, intolerante y apasionadísima, en vez de adorar la Cruz, parece que presiente y adora ya los cortantes alfanjes. Si á Grecia le toca inaugurar las apologías con San Justino y San Clemente, tócale á Africa inaugurar la intolerancia religiosa con el mayor y mas africano de todos sus ingenios, con el inmortal San Agustin.

Si cada region, si cada ciudad, si cada familia de pueblos ha procedido en la formacion del dogma cual correspondia á su naturaleza y á sus antecedentes tradicionales, ¿qué hará la ciudad de Roma? Examinadla en su historia pagana, y comprendereis seguidamente la autoridad que va á tener y el ministerio que va á desempeñar en la historia del cristianismo. Sin el brillo de Grecia, sin el valor épico del héroe griego Alejandro, sin aquellas legiones que parecen de dioses mas que de soldados, ha sometido la tierra y sujetádola fuertemente á su Imperio. *Tu regere imperio populos, romane, memento.* Pues sin las múltiples ideas de Alejandría, sin la elocuencia y la inspiracion de Atenas, sin ningun Apologista y ningun Padre de primer orden, conquistará todas las Iglesias, y las mantendrá bajo su autoridad y bajo su imperio.

4) Su política tradicional consistirá en dejar primero cierta autonomía á los pueblos por medio de los municipios y uniformarlos luego por el pretor y el

procónsul, como su política religiosa consistirá en dejar primero cierta autonomía á las Iglesias nacionales y uniformarlas y absorberlas luego por medio de esos pretores y procónsules espirituales que se llaman obispos. Reducirá en la antigüedad á fórmulas prácticas, todas las ideas filosóficas de Grecia; y en el mundo moderno reducirá tambien á fórmulas prácticas todas las ideas teológicas del Cristianismo. Fundará en el mundo antiguo por virtud de ese sentido práctico el derecho civil y fundará en el mundo moderno el derecho canónico. Opondrá en el mundo antiguo á los abstrusos metafísicos griegos los prácticos jurisconsultos; y opondrá en el mundo moderno á los doctores y á los Padres de la Iglesia griega los prácticos canonistas. Tendrá en la antigüedad el espíritu de la disciplina militar y social; y tendrá en los tiempos modernos el espíritu de la disciplina religiosa y eclesiástica. Ostentará en el período pagano su genio de organizacion; y su genio de organizacion ostentará tambien con igual brillo y gloria igual en el período cristiano. Si tuvo entonces sus Césares, tendrá ahora sus Pontífices. Si entonces fundó un dominio universal sobre la tierra, lo fundará ahora sobre la conciencia. Si entonces produjo ese latinismo, que significa autoridad, disciplina, gobierno, organizacion, imperio, tambien ahora fundará ese catolicismo que significará lo mismo en el mundo moderno y que trasmitirá á los siglos medios la unidad romana por natural virtud de su Pontificado y de su Imperio. Roma queda siendo Roma, esencialmente la Roma antigua en la nueva religion; y su carácter y su temperamento pasan tales como antes fueran al seno del cristianismo.

4) No lo dudeis, la idea católica es patrimonio exclusivo de Roma. La que reuniera en su Panteon á todos los dioses antiguos, ha reunido en su Iglesia todas las ideas modernas. Ella y solo ella ha fundado la ortodoxia; ella y solo ella ha dado su organizacion y su disciplina al Cristianismo por medio de su forma á no dudarlo mas autoritaria, y de consiguiente mas romana, por medio del catolicismo.

Resumiendo. Si cada nacion y cada ciudad aporta algun elemento histórico propio al seno del Cristianismo; cada herejía, cada secta que surge, consigue por su carácter antitético y por sus contradicciones teológicas, definir y concretar los principios ortodoxos, que han de ser como el alma de